

Introducción

Afganistán representa la historia de un pueblo a merced del interés de las grandes potencias; un peón en un gran tablero de ajedrez que no puede aspirar a ganar el juego, pero cuya capacidad y situación geográfica son fundamentales para que otros, los más poderosos, puedan conseguir la victoria en la partida y, así, llevar adelante sus estrategias geopolíticas. Un peón en las manos de los reyes y las damas de la sociedad internacional. Afganistán está condenado por este rol, pero, por otro lado, también es la robusta piedra donde las grandes potencias han tropezado una y otra vez. La fortaleza de su pueblo —sus pueblos—, caracterizado por unirse y levantarse contra los ejércitos invasores, la idiosincrasia del terreno y un clima extremo han sido elementos fundamentales para que este territorio nunca haya podido ser conquistado y sometido de forma duradera.

Infinidad de pueblos han pasado por Afganistán pretendiendo dominarlo, pero con resultados nefastos para sus intereses. Entre estos intentos de dominación encontramos potencias regionales, internacionales y globales con capacidades militares, económicas y diplomáticas infinitamente superiores a la de las etnias y tribus afganas, pero, a pesar de esto, no han podido superar las dificultades encontradas en Afganistán. Solo por citar algunos ejemplos de los últimos dos siglos, británicos, rusos, soviéticos y estadounidenses, aun con un amplio apoyo internacional y local, han sucum-

bido a la resistencia afgana. ¿A qué se debe esta capacidad de resistencia? ¿Cuáles son los fracasos en las estrategias llevadas a cabo por las potencias regionales, internacionales o globales para dominar el territorio afgano? ¿Qué características tienen los pueblos afganos para poder repeler, no sin esfuerzo y coste humano, tantos y tan diferentes intentos de dominación extranjera? ¿Existe una unidad nacional, un sentimiento identitario de pertenencia tan fuerte, como para ser el elemento clave de resistencia?

Los atentados del 11 de septiembre de 2001 vuelven a poner a Afganistán en la primera línea de los informativos y las agendas diplomáticas de los principales actores internacionales. Los vínculos del movimiento talibán con la red terrorista Al Qaeda, dirigida por Osama bin Laden, situaron a Afganistán en el centro de las prioridades de la potencia hegemónica del momento: Estados Unidos. Derrocar a los talibanes, eliminar a la organización terrorista Al Qaeda, pero también ganar profundidad e influencia estratégica en Asia Central, fueron los principales motivos por los que Afganistán volvió a sufrir una nueva ocupación, llevada a cabo esta vez por un grupo notable y poderoso de naciones lideradas por Estados Unidos y una organización militar internacional como la OTAN.

Esta nueva intervención militar se presentó como reacción de Estados Unidos a los mencionados actos terroristas de 2001, pero también supuso un encadenamiento continuado de guerras. En las cuatro últimas décadas, el día a día de la sociedad afgana han sido los golpes de Estado, la invasión soviética, la guerra civil entre muyahidines, un gobierno totalitario de los talibanes y, por, último, la intervención de Estados Unidos con un amplio apoyo de la comunidad internacional. Cambian los actores implicados, pero la sociedad se mantiene, dando como resultado que tres generaciones de

afganos tengan la guerra como un estado natural de vida, lo que condiciona su economía, su desarrollo humano, sus relaciones sociales y culturales y la construcción de valores y pautas de comportamiento.

La última guerra de Afganistán se circunscribe en el marco de una sociedad internacional en proceso de cambio en la que aparecen nuevas tipologías de conflictos violentos y amenazas a la seguridad de la soberanía de los Estados. Muchos analistas denominaron a este conflicto como *asimétrico* porque las partes de la contienda tenían diferentes capacidades tecnológicas, económicas y humanas, no se identificaban dos fuerzas armadas en el sentido clásico y existía una indefinición del espacio geográfico en el que combatir. Siendo ciertas estas cuestiones, también es verdad que la guerra de Afganistán contiene elementos de un conflicto *simétrico* (o tradicional) porque, como nos dice Johan Galtung (2003), «en los conflictos, simétricos o asimétricos, se deben cumplir tres elementos claves: la incompatibilidad, la actitud y la conducta».² En la última guerra de Afganistán ha existido una incompatibilidad de intereses que ha generado un choque violento entre las partes; la actitud de los actores implicados ha sido profundamente violenta, la población civil ha sido la gran damnificada, y la conducta de todos los implicados ha sido destructiva, abusando de acciones como el terrorismo y los bombardeos contra civiles, aunque también ha existido un espacio para la cooperación y la reconstrucción.

Tras la firma de un acuerdo de paz entre Estados Unidos y una delegación talibán en febrero de 2020 en la ciudad de Doha (Catar), se fija un calendario que pone fin a la intervención internacional en Afganistán. Tras una prórroga de tres meses, el 31 de agosto de 2021 se produce la salida de los

² Galtung (2003), p. 83.

últimos militares y personal civil y diplomático desplegados en el país durante las últimas dos décadas, dando lugar a que el movimiento talibán, sin apenas resistencia por parte de las fuerzas de seguridad afganas, ocupara de nuevo el poder institucional en Kabul. Comienza una nueva etapa en la historia de Afganistán por la que se abre un periodo de incertidumbre sobre el tipo de políticas que pondrá en práctica el grupo radical pastún y cómo afectarán estas a la totalidad de la sociedad afgana y al contexto regional.

Este libro parte de la tesis central de que la ausencia de una identidad nacional afgana condiciona que no se haya podido construir un Estado fuerte y estable, que, debido a esta cuestión, siempre ha estado a merced de las potencias internacionales que han visto su territorio como un espacio geográfico clave para la defensa de sus intereses estratégicos en Asia Central, pero también débil institucionalmente, lo que lo convierte, *a priori*, en un espacio fácilmente controlable. Asimismo, también se parte de la hipótesis de que existen factores estructurales que impiden el desarrollo de un proyecto de Estado-nación (westfaliano) y que, por el contrario, favorecen que Afganistán se haya convertido en un espacio vulnerable donde grupos criminales —internos y externos— operan contra la construcción de unas instituciones mínimamente sólidas. Por último, las potencias regionales e internacionales ven la actual situación de Afganistán como una oportunidad para ganar una penetración estratégica en Asia Central, lo que las lleva a poner en práctica políticas realistas con el fin de conseguir un beneficio en el nuevo escenario político.

En la primera parte de este libro (capítulos 1, 2, 3 y 4) se realiza una descripción de los últimos tres siglos de la historia del país, donde se examinan los hitos políticos más relevantes, las diversas guerras y los variados gobiernos que han

tratado de dirigir Afganistán, y se hace un balance de las dos últimas décadas de conflicto en materia de seguridad, desarrollo y gobernabilidad. En la segunda parte (capítulos 5, 6 y 7), se estudian los factores estructurales que dificultan la estabilidad y limitan el progreso del país, como son la diversidad étnica y religiosa, el papel de las mujeres en la sociedad afgana, el cultivo de la amapola y la producción del opio como principal fuente de ingresos del país y su relación con la inseguridad. En la última parte (capítulos 8 y 9), se realiza un análisis del retorno de los talibanes al poder y un estudio en profundidad del papel que las potencias internacionales (Estados Unidos, China y Rusia) y regionales (Pakistán, India, Irán, Turquía y las monarquías del Golfo) tienen en el nuevo escenario que se abre en un Afganistán dirigido nuevamente por el movimiento talibán.